BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—

TOMO LXI.

—

JOVELLANOS.

——

EL DELINCUENTE HONRADO

Y VARIAS OBRAS.

———

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

calle de Leganitos, 18, 2.º

1880.

MADRID, 1880.—LITOGRAFÍA É IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL,
Calle Real, núm. 1, cuadruplicado.

EL DELINCUENTE HONRADO.

Es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.
(Acto I, escena V.)

INTERLOCUTORES.

D. Justo de Lara, alcalde de casa y corte.
D. Simon de Escobedo, corregidor de Segovia y padre de
Doña Laura, viuda del marqués de Montilla y esposa actual de
D. Torcuato Ramirez, hijo natural, desconocido, de D. Justo.
D. Anselmo, amigo de D. Torcuato.
D. Claudio, escribano, oficial de la sala.
D. Juan, mayordomo de D. Simon.
Felipe, criado de D. Torcuato.
Eugenia, criada de doña Laura.
Un alcalde, dos centinelas, tropa y ministros de justicia.

La escena se supone en el alcázar de Segovia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el estudio del Corregidor, adornado sin ostentacion. A un lado se verán dos estantes con algunos librotes viejos, todos en gran fólio y encuadernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete, y sobre él varios libros, procesos y papeles. Torcuato, sentado, acaba de cerrar un pliego, le guarda, y se levanta con semblante inquieto.

ESCENA PRIMERA.

TORCUATO.

No hay remedio; ya es preciso tomar algun partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descu-

brir... ¡Ay, Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿Podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sosegar un momento. (*Vuelve á sentarse, toma un libro, empieza á leer, y le deja al punto.*) Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo... ¡Ah! ¿Dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... Pero Felipe viene.

ESCENA II.

FELIPE.—TORCUATO.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Pues ¿y don Anselmo?

FELIPE.

Viene al instante. ¡Oh qué trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla y dí tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venía corriendo. Ya yo me volvia muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que, dando una vuelta al otro lado, se echó á roncar como un prior; con que me quité de

ruidos, y con grandísimo tiento le fuí poco á poco incorporando; le arrimé las calcetas, ayudele á vestirse, y gracias á Dios, le dejo ya con los huesos en punta.

TORCUATO.

Muy bien. ¿Y has sabido si tendremos carruaje?

FELIPE.

¿Carruaje? Cuantos pidais. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa más de sobra en Segovia; pero, como yo no sabía dónde era nuestro viaje, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid tendremos retornos á docenas. El coche que trajo al alcalde de corte aún no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah, señor! (me acuerdo ahora por el alcalde de corte), ¿no sabeis lo que hay de nuevo?... (*Torcuato nada le responde.*) Acaban de traer á la cárcel á Juanillo, el criado del marqués. (*Torcuato se inmuta.*) ¡Pobrete! Ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafío de su amo. Pardiez, él será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto.

TORCUATO.

(*Ap.* Ya el riesgo es más urgente)... Felipe.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Haz que mis vestidos se pongan en los baules; á Eugenia que te entregue toda mi ropa blanca; y date prisa, porque nuestro viaje es pronto, y durará algunos dias.

FELIPE. *(Ap.)*

Aquí hay algun misterio. *(Anda por el cuarto, poniendo en órden los muebles y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos.)*

TORCUATO.

Aún no parece Anselmo... *(Sacando el reloj.)* Las siete y cuarto. ¡Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

FELIPE. *(Sin dejar su ocupacion.)*

¡Tan recien casado hacer un viaje!... Él está tan triste!... ¿Qué diablos tendrá?

TORCUATO.

Acaso juzgará intempestiva mi resolucion. ¡Ah! no sabe toda la afliccion de mi alma.

FELIPE. *(Mirando á su amo.)*

¡Tiene un genio tan reservado!...

TORCUATO.

Ya parece que viene.

FELIPE.

No quiero interrumpiros.

TORCUATO.

Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si álguien me buscare, que no estoy en casa; y si don Simon preguntase por mí, que estoy escribiendo.

ESCENA III.

ANSELMO.—TORCUATO.

ANSELMO.

A fé, amigo mio, que me has hecho bien mala obra. ¡Dejar la cama á las siete de la mañana!... Hombre, no lo haría ni por una duquesa; mas tu recado fué tan ejecutivo... *(Despues de alguna pausa.)* Pero, Torcuato, tú estás triste... Tus ojos... Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

TORCUATO.

En mi dolor apénas he tenido ese pequeño desahogo.

ANSELMO.

¿Desahogo las lágrimas?... No lo entiendo. Pues qué, ¿un hombre como tú no se correría...

TORCUATO.

Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazon, ¡desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!

ANSELMO.

Como quiera que sea, yo no te comprendo. Torcuato, tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos dias á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? Cuando debieras... Hombre, vamo claros; ¿quieres que te diga lo que he

pensado? Tú acabas de casarte con Laura, y por más que la quieras, tener una mujer para toda la vida, sufrir á un suegro viejo é impertinente, empezar á sentir la falta de la dulce libertad y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un jóven graves motivos de tristeza; y ve aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero, si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mio, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte, Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho; y tú, que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo *(viendo que no le responde)*, Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras; goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio; que ya llegará el dia en que cada cual tome su partido.

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo; yo las voy á perder para siempre.

ANSELMO.

¿A perderlas? Pues ¿qué?... ¡Ah! *(Dándose una palmada en la frente.)* Ahora me acuerdo que tu criado me dijo no sé qué de un viaje... Pero yo estaba tan dormido...

TORCUATO.

Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

ANSELMO.

Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo? Mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo; dí lo que quieres, y si es preciso...

TORCUATO.

Ya sabes que fuí autor de la muerte del marqués de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

ANSELMO.

Es verdad; pero en cuanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes tambien cuánto hice con Juanillo, el criado del Marqués, para alejar toda sospecha; pues aunque sólo tenía algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo, el marqués de la Fuente, está encargado de observar sus pasos. No; léjos de pensar en tí ese bribon, tal vez creerá... pero no hablemos de eso, porque no es posible...

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo, cuánto te engañas! Ese criado está ya en las cárceles de Segovia.

ANSELMO.

¿Cómo? ¿Juanillo? ¡Juanillo!... Pero ¿el Marqués no me avisaria?...

TORCUATO.

Tal vez no lo sabe, pero todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de ór-

den del Rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aún no há seis dias que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. Él tomó por sí mismo informes y noticias, examinó testigos, practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo, despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El alcalde mayor, que previno esta causa, se afanó mucho al principio por descubrir el agresor; pero sólo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar la requisitoria de estilo, cesó en la continuacion del sumario y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafío estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas del duelo, las instancias de los parientes del muerto y la cercanía de esta ciudad al sitio, interesaron al Gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este ministro, cuya actividad... ¿Quién sabe si á la hora de esta mi nombre... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

ANSELMO.

Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... ¿Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte, la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso...

TORCUATO.

¿Y piensas tú que cuando recurro á ella lo hago por evitar el castigo? ¡Ah! en el conflicto en que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos. Pero si descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simon, mi bienhechor á quien ofendí tanto; la de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo, yo desterré de esta casa el gusto y la alegría, y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa, que sin mi delito, gozaría aún del sosiego más puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mio; léjos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno, y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

ANSELMO.

¡Ay, Torcuato! el dolor te enajena y te

hace delirar, ¿Qué quiere decir «mi delito, mi perfidia, mis engaños»? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marqués de Montilla; pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. Él era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con taures y mujercillas; despues de haber disipado el caudal de su esposa, pretendió asaltar el de su suegro y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas, procuraste apartarle de tan viles intentos, y no pudiendo conseguirlo, avisaste á su suegro para que viviese con precaucion, pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrozmente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templarle; su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte; su genio violento le condujo á ella. Yo mismo ví que, mientras el Marqués, como un leon furioso, buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú, reportado y sereno, pensabas sólo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio ¿no me has dicho que don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia,

doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? Y que, despues de lo que debes á esta familia, ¿pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no; tú tomarás el partido que te acomode, pero tu interior debe estar tranquilo.

TORCUATO. (*Con viveza.*)

¿Tranquilo, despues de haber engañado á Laura? ¡Ah! su corazon no merecia tal perfidia. Yo le entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo, le ofrecí una alma sellada con el sello de la iniquidad, y le consagré una vida envilecida con el reato de este crímen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad y siervo de la ley. ¡Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista; no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

ANSELMO.

Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso; pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga? ¿Que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? Quieres...

TORCUATO.

No, Anselmo; conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo que me envie

noticias de mi esposa y se las dé de mi destino. No porque piense en ocultar á Laura mi resolucion, no; este nuevo engaño me haría indigno de su memoria y de la luz del dia. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separacion, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

ANSELMO.

Pues bien; ¿y cuándo piensas...

TORCUATO.

Despues de comer. He pretextado un viaje de pocos dias á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aún no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios, este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instruccion puntual conforme á mis intenciones, y un poder general, de que podrás valerte cuando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazon; procura consolarla... ¡Ah! ¿cómo podrá consolarse su alma desdichada?

ANSELMO. *(Enternecido.)*

Mi buen amigo, léjos de tí, tambien yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Cuánto me duele tu amarga situacion! ¡Qué amigo, que consolador, qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en afligirnos... En fin, cuenta con mi amistad y con el puntual

desempeño de tus encargos. ¡Ah, si fuese capaz de mejorar tu suerte!

TORCUATO. *(Abatido.)*

El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio; y cuando acababa de labrarme una fortuna, que me hacía cumplidamente dichoso, quiere mi mala estrella... Pero, Anselmo, no demos ocasion en la familia... Felipe vuelve... Aún nos veremos ántes de mi partida.

ANSELMO.

Sí, tengo que volver á cumplimentar á ese ministro; entónces hablaremos. Adios.

ESCENA IV.

FELIPE.—TORCUATO.

TORCUATO. *(Con serenidad.)*

¿Han preguntado por mí?

FELIPE.

El señor don Simon, y con algun cuidado. Dijo que iba á misa, y que volvia al instante. Tambien preguntó mi ama; díjela que estabais con vuestro amigo.

TORCUATO. *(Inquieto.)*

¿Cómo? Pues ¿no te previne...

FELIPE.

Vos no me previnisteis que callase.

TORCUATO. (*Con severidad.*)

Anda á ver si hay algun retorno de Madrid, y ajústale para despues de mediodía. ¿Entiendes?

FELIPE.

Muy bien, señor.—¡Qué mal humor tiene!

ESCENA V.

SIMON.—TORCUATO.

SIMON.

¿Qué es esto de retorno? ¿Qué viaje es este, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viaje, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

TORCUATO.

Perdonad si no he solicitado ántes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí aún dormia Laura, y por no incomodarla... Ya sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

SIMON.

Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este ministro... Él gusta tanto de tu conversacion...

TORCUATO.

En todo caso estoy pronto á complaceros; si os parece...

SIMON.

No, hijo mio; haz tu viaje y procura volver cuanto ántes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... Apropósito, ¿qué te parece de este don Justo?

TORCUATO.

Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡Qué talento! ¡Qué humanidad.

SIMON.

Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros más duros, más enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fé que entónces era bien enamorado. Pero, hijo mio, ¡si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!... ¡Oh! ¡aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un *Digesto* vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entónces se ahorcaban hombres á docenas.

TORCUATO.

Habría más delitos.

SIMON.

¿Más delitos que ahora? Pues ¿no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TORCUATO.

Segun eso, ¿habria ménos conocimiento de las leyes?

SIMON.

¿De las leyes? ¡Bueno! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas; míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en fólio. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de extranjía, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que sólo se trata de planes, métodos, ideas nuevas?... ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme que, hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre los duelos necesitaba la reforma, y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafío que al que le provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! ¡Como si no fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

TORCUATO

No por eso dejará de ser acertada. Los más de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apénas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

SIMON.

Pero hombre...

TORCUATO.

En los desafíos, señor, el que provoca es por lo comun el más temerario y el que tiene ménos disculpa. Si está injuriado ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafío...

SIMON.

Que se queje tambien á la justicia.

TORCUATO.

¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? la nota que le impuso la opinion pública, ¿podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera, pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía; que es el alma de la sociedad; que distingue las condiciones y las clases; que es principio de mil virtudes políticas; y en fin, que

la legislacion, léjos de combatirle, debe fomentarle y protejerle.

SIMON.

¡Bueno, muy bueno! Discursos á la moda y opinioncitas de ayer acá; déjalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

TORCUATO.

La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura; pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

SIMON.

Segun eso, al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias, ¿no es verdad?

TORCUATO.

Si fué injustamente provocado, si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes, si sólo cedió á los ímpetus de un agresor temerario y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá ménos desafíos ó ninguno; y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el juez sobre la

suerte de un desdichado... Pero, señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

SIMON.

Sí, sí, vamos allá. (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? No, ¡don Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso, es menester confesarlo: él es activo como un diablo. (*Yéndose.*) Sí, como un diablo... ¡Fuego!

ESCENA VI.

TORCUATO, (*paseándose.*)

En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansion, que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que la habitan! Errante y fugitivo, tus lágrimas ¡oh, Laura! estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oidos. ¡Alma inocente y celestial! ¡Cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba ni te merecia, y ahora vas á perder otro que te idolatra, pero que te merece ménos, pues te ha conseguido por medio de un engaño. (*Despues*

de alguna pausa.) ¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿dónde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imágen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

ACTO SEGUNDO.

—

El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará doña Laura, haciendo labor; á alguna distancia don Torcuato, con aire triste y extremadamente inquieto; Eugenia en pié, detrás de la silla de su ama, y don Simon se pasea por el frente de la escena.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, TORCUATO, LAURA, EUGENIA.

SIMON.

Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

TORCUATO.

El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas y gastan tantas formalidades...

SIMON.

¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAURA (*Á Eugenia.*)

¿Están ya compuestos los baules?

EUGENIA.

Sí señora; ya están cerrados, y Felipe ha cogido las llaves.

LAURA.

¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUGENIA.

Toda la de mi señor.

LAURA (*Con alguna admiracion.*)

¿Toda?

EUGENIA.

Felipe me lo dijo.

TORCUATO.

Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAURA. (*Ap.*)

¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... ¡Todo me inquieta!

TORCUATO. (*Mirándola.*)

¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! ¡Si supiera la noticia que la preparo!

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas... ¡Oh! La corte quiere que

se hagan las cosas á galope tendido. (*Mirando á Laura y Torcuato.*) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recien casados.

TORCUATO. (*Con inquietud.*)

Si este hombre no se va, yo no podré decírselo.

SIMON.

Laura ¿qué es eso? Tú estás triste, tambien lo está Torcuato. ¡Qué! ¿un viajecillo de pocos dias puede turbar vuestro buen humor?

TORCUATO.

Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los aflige.

LAURA. (*Con énfasis.*)

Añadid al que se queda la incertidumbre, y vereis cuánto es mas justo su dolor.

SIMON.

¡Bueno! ¡Lindo! No la dijeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode; que harto tiempo queda para vivir juntos.

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Pluguiera al cielo!

SIMON. *(A Laura.)*

Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

LAURA. *(Mirando á Torcuato con ternura.)*

Sólo quiero que vuelva pronto.

TORCUATO.

¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

ESCENA II.

JUAN. — Dichos.

JUAN. *(A Simon.)*

Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar; ha hecho no sé qué prisiones...

SIMON. *(Siempre paseándose.)*

¿Algunos raterillos, eh?

JUAN.

Dicen que son gitanos.

SIMON.

Eso es peor. Dile que voy allá... Pero mira; que ántes avise á mi alcalde mayor, y y que luégo vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

JUAN. *(Se va y vuelve.)*

¡Ah, señor!... Tambien ha estado ahí aquel don Vicente...

SIMON.

¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

JUAN.

Que estabais ocupado.

SIMON.

Lindamente. Él solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer más que atender á su pleito. *(Juan se va.)*

TORCUATO. *(Ap.)*

¡Infeliz! Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia.

ESCENA III.

FELIPE.—Dichos.

FELIPE. *(A Torcuato.*

Ya está ahí el carruaje, señor.

LAURA.

¡Tan temprano! Aún no hemos comido.

SIMON.

Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TORCUATO. *(A Felipe.)*

Haz que entretanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. *(Se va Felipe.)*

ESCENA IV.

JUAN. — Dichos.

El señor don Justo envia á decir que si acaso no está aquí al mediodía, no se le aguarde á comer.

SIMON.

Pardiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho; si acaso viniera, que me avisen; y si tardare demasiado, que nos den de comer.

LAURA. (*A Eugenia.*)

Vé tú, Eugenia, á disponer lo que tengo prevenido, y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

ESCENA V.

TORCUATO, LAURA.

LAURA. (*Mirando á Torcuato.*)

Al fin nos han dejado solos; veamos lo que dice. (*Torcuato la mira, levanta los ojos al cielo y suspira.*) ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas.—(*Con serenidad.*) Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto; yo lo conozco en tu semblante, y no sé cómo una ausencia de tan pocos dias, y que, por otra parte, es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TORCUATO. (*Se levanta mirando á todas partes.*)

¡Ah¡ ¿cómo se lo diré?

LAURA. (*Asustada.*)

Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspiras? ¿Nada me respondes? (*Levantándose.*) Querido esposo...

TORCUATO. (*Con pasion.*)

¡Ah, Laura!

LAURA. (*Con blandura.*)

Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfias de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

TORCUATO.

¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no; jamás mi corazon te ha querido con más ardor ni con más ternura.

LAURA. (*Con inquietud...*)

Pues bien ¿qué es lo que te aflige?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)

El temor de perderte.

LAURA. (*Con sobresalto.*)

¿De perderme?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)

Sí, Laura mia, y de perderte para siempre.

LAURA. (*Asustada.*)

¡Oh, Dios! ¡Qué oigo!

TORCUATO.

Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos. Es muy digno de los que sufre y de los que le aguardan. Pero la afliccion que te preparo... ¡Ah! esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAURA. (*Con resolucion.*)

Ahora bien, Torcuato; el cielo, por rumbos muy extraños, me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oido que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte algunos de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro, descúbreme tu alma, y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TORCUATO.

Sí, Laura mia; voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen, y ¡ojalá mi corazon les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡cuánto dolor me cuesta el aflgirte!

LAURA. (*Sobresaltada.*)

Mi alma se estremece al escucharte.

TORCUATO.

Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vivas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable; el Soberano ha empeñado su augusto nombre en esta

pesquisa; tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre, y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la buena memoria de tu primer amor; pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido por todas partes... soy yo mismo.

LAURA. (*Cae sobre su silla.*)

¡Oh, cielo!

TORCUATO.

Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y sin embargo, viviria tranquilo si no mereciese serlo tambien de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el más atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No; la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa; yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAURA. (*Con sumo abatimiento.*)

Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TORCUATO. (*Con despecho.*)

Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No; mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y

á esconder mi vida destestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reinan siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! léjos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio más duro y más terrible que la muerte misma.

LAURA. (*Comò arriba.*)

Buen Dios ¿por qué delito castigas á esta desdichada?

TORCUATO.

¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo que está envenenando tu corazon y llenándole de amargura. (*Ap.* ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo ménos, si despues de perderla conservase su estimacion...)

ESCENA VI.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*Asustado.*)

Señor, señor...

TORCUATO.

¿Qué? ¿qué quieres?

FELIPE.

Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar.

Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: «Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.»

TORCUATO. (*Con notable admiracion y susto.*)

¡Oh, Dios! ¡qué golpe tan terrible!

FELIPE.

Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor Marqués, y que Juanillo le ha declarado.

TORCUATO.

Bien está; vete. (*Se va Felipe.*)

ESCENA VII.

TORCUATO Y LAURA.

TORCUATO. (*Resolviéndose despues de una gran pausa.*)

No, yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. Él está inocente, y voy á socorrerle.

LAURA. (*Deteniéndole.*)

¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin esponer tu vida?

TORCUATO.

Pero Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré ar-